

VISION RETROSPECTIVA DE LA TRASCENDENCIA
INTERNACIONAL DE LA REVOLUCION CUBANA
DE 1959

EL «LEIT-MOTIVE» DE UN PROCESO REVOLUCIONARIO

La reciente aparición, en lengua castellana, de la obra del escritor Alfredo Quiroga, *La Revolución Cubana*¹, nos da pie, entre otras muchas cosas, para volver a examinar, desde una posición sustancialmente objetiva, la gravedad que, en su momento, tuvieron los acontecimientos que se sucedieron en el centro del Caribe a partir del 2 de enero de 1959. Acontecimientos no del todo claros, a pesar del tiempo transcurrido desde entonces y de la gigantesca bibliografía existente al respecto, y deficientemente estudiados puesto que, como es harto sabido, la insurrección guerrillera capitaneada por Fidel Castro pudo perfectamente haber desembocado en la Tercera Guerra Mundial de nuestro siglo. El autor al que hemos hecho anteriormente referencia se ha ocupado, con todo lujo de detalles, de estudiar el magno acontecimiento —y no exageramos lo más mínimo al considerarlo así— y de extraer toda una serie de aleccionadoras conclusiones que, a nuestra forma de ver, constituyen una advertencia digna de tenerse en cuenta cara al futuro que ante nosotros se vislumbra. Y, en efecto —hace ya algunos años lo subrayó el profesor Sánchez-Barba²—, *el caso cubano constituye o representa un paradigma no sólo del proceso hispanoamericano en su conjunto, sino también un ejemplo del modo como, cuestiones locales, pueden alcanzar una problemática a escala universal al entrar en la peligrosa tensión entre los dos Hemisferios en que actualmente se escinde el mundo*. Por eso mismo, desde dentro, el fenómeno cubano tiene un carácter de experimento revolucionario; hacia fuera lo tiene de experiencia tanto para los Estados Unidos cuanto para la propia Hispanoamérica.

Es obvio, por lo tanto, que aunque desde distintos puntos de vista la experiencia cubana puede ser muy peligrosa en cuanto a las actitu-

¹ QUIROGA, ALFREDO: *La Revolución cubana*, Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, 1976, 245 pp.

² HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, MARIO: *Tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*, Ediciones Guadarrama, S. L., Madrid, 1961, p. 255.

des que puedan respectivamente provocar, en función de la tensión continental y hemisférica que, de antiguo, opera en las relaciones entre Estados Unidos e Hispanoamérica, conforme a los módulos socio-políticos actualmente vigentes. La importancia que en su momento tuvo el caso cubano es más que considerable, puesto que supuso la intromisión o el advenimiento, en la tradicional tensión entre ambos continentes —Norte y Sur—, de un tercer elemento: la influencia directa de la URSS. Con la crisis cubana, como saben muy bien los estudiosos del tema, Rusia inauguraba una nueva forma de «intervención» muchísimo más audaz, nítida y eficaz que las anteriormente puestas en marcha: *Su participación en los asuntos internos hispanoamericanos había sido, hasta el momento, de agitación y de fomento del inconformismo —especialmente a través del inmoderado uso de una dialéctica que venía a concordar y a proporcionar argumentaciones con los nuevos movimientos de opinión hispanoamericana—* nacionalista, frente al expansionismo económico americano. Naturalmente que ese simple actuar demagógico se cambió por un operar activo y una innegable participación directiva en la acción revolucionaria cubana que, de ese modo, superó el marco del nacionalismo de una manera absoluta.

Por eso mismo, como con notable triunfalismo han señalado los profesores soviéticos Gorbachov y Darusenkov³, «la revolución pertrechó al pueblo cubano con la doctrina revolucionaria más progresista —el marxismo-leninismo— y motivó una radical transformación de la estructura clasista de la sociedad. Fueron liquidadas las clases explotadoras de terratenientes y capitalistas, el dominio de los monopolios extranjeros y, en primer lugar, estadounidenses. Ya en los primeros años se llevó a cabo la reforma agraria, se nacionalizaron la industria, el comercio, el transporte, los bancos. En el país subsistió solamente una estructura socioeconómica antigua: haciendas de pequeños agricultores. Ahora las posiciones dominantes están ocupadas por el régimen socialista, que abarca la clase obrera de la ciudad y del campo. Ha surgido también una nueva capa social: la intelectualidad trabajadora, que participa activamente en la edificación socialista. La sólida alianza de obreros y campesinos, asegurada por la coincidencia de sus intereses radicales en la revolución socialista, ha devenido la base del nuevo régimen. El fortalecimiento y el fomento de esta alianza son objeto de perenne atención por parte del Partido Comunista y del Gobierno Revolucionario de Cuba». Independientemente de la alegría doc-

³ GORBACHOV, B., y DARUSENKOV: «Cuba en la nueva etapa de la construcción socialista», Revista de Ciencias Sociales (Academia de Ciencias de la URSS), núm. 13, Moscú, 1973, p. 86.

trinal que se desprende del texto de los autores soviéticos citados, en algunos puntos susceptibles de inducir a la polémica, es evidente que la Revolución Cubana —lo mismo que cualquiera otra revolución (puesto que para eso se hacen)— ha cambiado bastante el panorama social, político y económico de la zona del Caribe y, como más adelante veremos, el talante de la propia política exterior norteamericana.

CUBA: ENCLAVE DE INTERESES POLÍTICOS Y ECONÓMICOS

A juicio de Alfredo Quiroga, tesis insertada en la obra anteriormente citada por nosotros e inspiradora directa de las modestas reflexiones que exponemos a la consideración del lector, *la Revolución Cubana es uno de los hechos de más trascendencia en la historia contemporánea*. Personajes como Fidel Castro o Ernesto «Che» Guevara y acontecimientos como la caída de Batista, el desembarco en Bahía de Cochinos o la crisis de los *missiles* crearon numerosas expectativas en sectores cada vez más amplios de la población. En todo el mundo se despertó un interés creciente por los hechos que protagonizaban los revolucionarios cubanos.

Por otra parte, como es bien sabido, el tema sigue de actualidad, aunque hayan transcurrido casi veinte años desde el célebre estallido revolucionario, por una convincente razón: la trascendental importancia que Cuba ha adquirido como enclave político internacional. Piénsese, efectivamente, que *Cuba, hoy por hoy, es un país socialista que dista noventa millas de Florida, es decir, es una especie de quiste ubicado en pleno centro del área de influencia norteamericana*. Cuba, consecuentemente, representa —permitásenos la exageración conceptual— una «afrenta permanente». Por eso mismo, la historia de Cuba tras el triunfo de la revolución es la historia, también, de la guerra fría entre Estados Unidos y la URSS, la historia de un enfrentamiento que puso al mundo al borde de la Tercera Guerra Mundial. *Es la historia que se repite* —subraya felizmente Alfredo Quiroga— *cada vez que un país intenta adquirir su libertad, mantenerse al margen de influencias extrañas. Es un triste pero aleccionador ejemplo...*

Dentro del amplio elenco de las revoluciones que la Historia alberga en su seno, y bien sabido es que las hay para todos los gustos, la Revolución Cubana es una de las que registra un período de gestación menor, aparentemente intrascendente e insospechado. Claro es, en honor a la más rigurosa lógica, que entrañó unas muy concretas moti-

vaciones. También en lo referente a este extremo, como en lo tocante a otros muchos, tenemos que otorgar plena razón a Alfredo Quiroga cuando afirma que, efectivamente, *las revoluciones no surgen por generación espontánea: son desenlace inevitable de un proceso de degradación de la sociedad en que se producen*. La Revolución Cubana no constituye una excepción.

El proceso revolucionario cubano, en rigor, no comenzó como muchos creen con el dramático asalto al Cuartel de Moncada. Hay una causa mucho más profunda, casi imperceptible—este hecho acontece corrientemente en las grandes sinfonías musicales con ciertos temas que *sotto-voce*, por debajo del tema central, se van repitiendo constante e incansablemente—y, sin embargo, diáfananamente explicativa de los sucesos de 1959, a saber: *la infiltración norteamericana en Cuba*. La cuestión que acabamos de indicar data, precisamente, de la época en la que España regía los destinos de la sugestiva isla del Caribe. Con palabra precisa y espíritu objetivo nos lo recuerda Alfredo Quiroga en las páginas del libro objeto de nuestra referencia: A partir de la independencia de la isla, en 1898—nos dice—, los norteamericanos intensificaron sus inversiones en Cuba, no sólo por la facilidad de las comunicaciones, sino también por las garantías que les otorgaba la *Enmienda Platt*. Así, por ejemplo, ya en noviembre de 1905 eran 13.000 los yanquis que habían adquirido en Cuba propiedades, por un valor total de 50 millones de dólares, equivalente tal vez al valor de la mitad de la provincia de Camagüey, quizá a un décimo de toda Cuba. En 1913 las inversiones estadounidenses ascendían a 220 millones de dólares, el 18 por 100 del conjunto de las inversiones en Latinoamérica.

Hacia 1923 la hegemonía económica norteamericana en la isla se había reforzado por la compra de grandes cultivos azucareros y tabaqueros, latifundios agrarios que arruinaron al campesino tradicional. Estados Unidos obtuvo así un abastecedor seguro de azúcar y tabaco, además de un buen mercado para sus propios productos.

Estados Unidos absorbía el 80 por 100 de las exportaciones azucareras, pagando un precio ligeramente superior al del mercado internacional. A cambio de ello, Cuba se veía obligada a importarlo todo de su poderoso vecino, desde la maquinaria industrial hasta los productos agrícolas básicos, que indudablemente se habrían podido cosechar en la fertilísima isla. Era el precio del monocultivo y de la absoluta dependencia frente al capital americano.

El poder económico y el poder político son inherentes el uno al otro. En la sumisión económica cubana a las decisiones de Wall Street hay

que buscar la causa principal del fracaso de Cuba en sus intentos de desarrollar un sistema constitucional sólido y de amplia base social.

La continua presencia de Estados Unidos en los asuntos de Cuba privó a sus gobernantes de alcanzar la responsabilidad del poder. La vida política cubana, a partir de 1902 y durante treinta años, giró en torno al temor, el deseo o la amenaza de la intervención de Estados Unidos. Aunque Cuba no deseaba ser absorbida por Norteamérica, los políticos cubanos de todas las tendencias, una vez alcanzado el poder, utilizaron constantemente la fuerza militar y legal que la *Enmienda Platt* confería a Estados Unidos para triunfar sobre sus enemigos.

En definitiva, el resto de la historia social, política y económica de la bella isla del Caribe, desde la fecha de la emancipación de España hasta nuestros días, no ha sido otra cosa —a través de los diferentes líderes que se han ido sucediendo en la cúspide del poder gubernamental cubano—, y muy bien nos lo explica Alfredo Quiroga en su libro, que la constante obsesión, por parte de los Estados Unidos, de mantener su drástica hegemonía económica —y no se puede ignorar el hecho de que, en efecto, quien domina económicamente a un país también le domina políticamente.

En lo que acabamos de señalar, pues, subyace —aunque a primera vista no lo parezca— la causa originaria que encendería la mecha de los sucesos de 1959.

CUBA, LABORATORIO DE MANIPULACIÓN DE IDEOLOGÍAS

Es preciso reconocer que, en el decurso de los últimos veinte años transcurridos, se han producido profundísimos cambios en la vida socio-política de Cuba. Así, por ejemplo —y para nadie constituye una novedad—, *las ideas del socialismo han prendido firmemente en las amplias masas del pueblo. Ha crecido inconmensurablemente la conciencia internacionalista y antiimperialista de las masas*⁴.

El Partido Comunista, por lo tanto, es la fuerza política y organizativa rectora en el país. El camino de su cristalización fue complicado, pero el hecho de haber sabido conducir a las masas en la construcción del socialismo confirma una vez más la vigencia de este principio: en la lucha por el socialismo subrayan los autores rusos Gorbachov y Darusenkov, es necesaria la dirección partidista, marxista-leninista, de la sociedad. «Sin un partido férreo y templado en la lucha —escribía

⁴ GORBACHOV, B., y DARUSENKOV: *Ob. cit.*, p. 88.

V. I. Lenin—; sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase; sin un partido que sepa pulsar el estado de ánimo de las masas e influir sobre él es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha.» Al respecto, los dirigentes cubanos señalan con acierto que «lo lógico, lo correcto, lo normal, el principio fundamental, es que las organizaciones políticas de vanguardia dirijan las revoluciones».

Los panegiristas de la Revolución Cubana entienden, ciertamente, como rasgos magníficos de la misma, y como fuente de su insuperable vigor, el enorme apoyo que le ofrecen las amplias masas populares, la gran confianza de las masas en el Partido Comunista y en el Gobierno Revolucionario—para nosotros, naturalmente, esta confianza está por demostrar—. No obstante, autores hay que consideran, entre otras muchas cosas, que los orígenes de este apoyo y esta confianza se hallan en el propio proceso de desarrollo de la Revolución Cubana, en la correcta aplicación—por parte de la vanguardia revolucionaria—de la tesis marxista-leninista, según la cual solamente un movimiento verdaderamente popular puede llevar a una revolución verdadera, y la tarea de los revolucionarios consiste en «despertar la actividad revolucionaria de las masas trabajadoras, para que actúen por sí mismas y se organicen».

En relación con ello, *no puede olvidarse que a comienzos del auge revolucionario en Cuba los participantes del asalto al Cuartel Moncada fueron a esta gesta heroica, en 1953, para iniciar una guerra y librarla con el pueblo y ganarla con el apoyo del pueblo.* Esta orientación a incorporar las masas a la revolución, a conquistar su conciencia y asegurar la unidad en el proceso revolucionario y en la construcción del socialismo, así como la clara comprensión de que sin las masas el socialismo perderá la batalla, han sido inherentes siempre a la vanguardia revolucionaria de Cuba y son el más importante rasgo de la actividad del Partido Comunista de Cuba hoy en día.

Con la imparcial perspectiva que nos ofrece el paso del tiempo, muy pronto se cumplirán los primeros veinte años del acontecimiento que venimos glosando, se puede afirmar que, efectivamente, *la Revolución Cubana advino en un país, en cuya situación incidían nefastamente el dominio de los monopolios extranjeros, el latifundismo, el carácter unilateral de la economía nacional, la dependencia del mercado externo y de los altibajos de la coyuntura en los precios del azúcar, renglón básico de las exportaciones. El carácter de monocultivo que presentaba su economía y la estacionalidad de los trabajos originaban*

en la vida del país fenómenos tan desastrosos como el desempleo crónico, la escasez de víveres, las crisis sistemáticas y los decaimientos de la producción.

Consecuentemente, luego del triunfo de la revolución, llegaron tiempos extraordinariamente difíciles—esto ocurre siempre que un régimen político es reemplazado por otro—, a saber: la época de las transformaciones radicales. Así se planteó, por ejemplo, la tarea de crear una economía nacional realmente estable y eficaz, superar el carácter de monocultivo que tenía y pasar a la industrialización. Sin embargo, la práctica mostró que no era fácil cumplirla. Se dejaron sentir la debilidad general del mecanismo económico cubano, heredado del período colonial e imperialista, así como la sustancial escasez de obreros calificados y de personal técnico. Además, Cuba hubo de emprender la edificación de la sociedad socialista en condiciones políticas externas muy complejas. Víctima del bloqueo económico y político decretado por el imperialismo norteamericano, de sistemáticas provocaciones y actos de sabotaje por parte de los hostiles elementos contrarrevolucionarios, el país se vio obligado a destinar ingentes recursos humanos y materiales a la defensa, mantener un ejército numeroso y tener a las masas populares en constante estado de alerta y movilización.

Partiendo de ello, han subrayado algunos especialistas en la materia⁵, los dirigentes cubanos llegaron a la siguiente conclusión: la base del desarrollo económico del país debía de ser, en aquella etapa, el auge de la agricultura y, en primer lugar, de sus ramas de productos exportables (azúcar, tabaco, frutales, ganadería), y de algunas ramas industriales, en particular, la del níquel, cuya producción también se exporta. De esta manera, había que crear las acumulaciones necesarias para la posterior industrialización y los profundos cambios estructurales en la economía. En semejantes circunstancias, igual que antes, la industria azucarera siguió siendo, por un período bastante largo, la rama básica de la economía. Pero su papel concreto en la producción cambiaba sensiblemente de contenido socio-económico: se convertía en una de las principales fuentes de acumulación socialista. Al mismo tiempo se tomaron en consideración las posibilidades que le ofrecía a Cuba la activa y multilateral colaboración con los países del socialismo

⁵ GALEANO, EDUARDO: *Las venas abiertas de América Latina*. Casa de las Américas, La Habana (Cuba), 1971, 460 pp.

DEL TORO, CARLOS: *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano*, Editorial Arte y Literatura (Instituto Cubano del Libro), La Habana (Cuba), 1974, 474 pp.

y su firme incorporación a la división internacional socialista del trabajo. En todo caso, como el lector sabe perfectamente, quedaban en pie gravísimos problemas—mucho más que los de mera entidad económica—: el enfrentamiento directo con los Estados Unidos de América.

EL INICIAL ANTAGONISMO ENTRE BATISTA Y CASTRO

Pero, parece conveniente subrayarlo, antes de ese «enfrentamiento»—cosa realmente curiosa—los máximos responsables de la política estadounidense se habían sentido hechizados, en los tiempos en los que Fidel Castro luchaba abiertamente contra Batista, por los encantos personales del líder guerrillero de Sierra Maestra. Así lo pone de manifiesto, ciertamente, el sugestivo reportaje que Herbert L. Matthews—integrado por toda una serie de artículos—divulgó en las páginas del *New York Times*⁶: «Fidel Castro—escribía Matthews—, el jefe rebelde de la juventud cubana, vive y pelea dura y victoriosamente en las escabrosas montañas de Sierra Maestra, situadas en la zona más meridional de la isla. El presidente Batista ha lanzado sobre dicho territorio a las unidades más aguerridas de su ejército, pero libra una batalla perdida contra el más peligroso enemigo con el que haya tropezado jamás el dictador cubano en su larga y agitada carrera.»

Como bien señaló el mismo Matthews en otro artículo: «*La Habana no puede saber que millares de hombres y mujeres se sienten vinculados a Fidel Castro en alma y vida, y que cientos de eminentes ciudadanos le apoyan.* El terror desatado por el régimen de Batista hace crecer la antipatía del pueblo contra el dictador.»

Efectivamente, Castro contaba cada vez con más simpatías entre los precaristas y sus jefes, que estaban cada vez más dispuestos a colaborar con los hombres de la Sierra, sobre todo después de que el teniente Casillas expulsara a los campesinos de la región de Palma Mocha. Además, los pequeños y grandes propietarios se aprovechaban de la presencia del ejército y del estado de guerra para deshacerse de los indefensos precaristas.

Los comunistas, por su parte, declararon, sólo cuatro días después de la publicación de la entrevista de Matthews, su «desacuerdo radical con la táctica y los planes de Fidel Castro». *Los comunistas consideraban la lucha armada como un error y deseaban el sabotaje y las*

⁶ QUIROGA, ALFREDO: *Ob. cit.*, p. 88.

acciones terroristas; ellos seguían siendo partidarios de las elecciones y de los métodos de presión clásicos, como las huelgas, manifestaciones y protestas civiles. Su táctica consistía en incluir en un frente popular no sólo a los campesinos y obreros, sino también a la burguesía.

El reportaje de Matthews sobre Fidel Castro los colocó a ambos en el pináculo de la fama. Al uno como intérprete de Cuba para Norteamérica, al otro como héroe de las montañas. Matthews describió a Castro como un hombre «de extraordinaria elocuencia», «un hombre fuerte, de metro ochenta, de tez aceitunada, carilleno, con una barba abundante. Llevaba un uniforme de campaña gris verdoso y un fusil con mira telescópica del que estaba muy orgulloso...».

Durante los tres años siguientes, Fidel Castro fue un héroe para los norteamericanos. La ayuda norteamericana, en rigor—aunque importante no fue decisiva—, no precipitó la cristalización de ningún evento, puesto que, en realidad, el régimen de Batista cayó más bien por errores propios que por la fuerza de la revolución. Militarmente, el dictador gozaba de una superioridad abrumadora. Pero, psicológicamente, su Ejército se encontraba profundamente desmoralizado por la corrupción de los mandos, la habilidad de Castro y, sobre todo, por el embargo de armas por Estados Unidos.

Incapaz de entablar un diálogo eficaz con la oposición, Batista se empeñó en imponer su dominio por el terror. Pero su obstinación y brutalidad no hicieron sino precipitar su caída.

Con la victoria de Castro, más fácil y rápida de lo esperado, nos dice Alfredo Quiroga, una extraordinaria atmósfera de esperanza invadió Cuba. No hacía un mes que la Revolución había triunfado y ya la influencia personal de Castro sobre las masas cubanas era indescriptible. Ningún líder latinoamericano, ni siquiera Perón, había contado nunca con una adhesión tan evidente e incondicional como la del pueblo cubano hacia Fidel Castro. Desde luego, sus discursos constituían una parte importante de su poder. Ya era evidente que los otros dos grupos aspirantes al poder, los comunistas y los liberales, no podrían hacer sombra a Castro.

CASTRO NO MIDió BIEN LAS DISTANCIAS

Tan perfectamente bien le habían rodado a Fidel Castro las cosas, desde los penosos días de Sierra Maestra, que llegó a abrigar la creencia de poder humillar a su poderoso y gigantesco vecino—los Estados

Unidos de América—. Sin darse realmente cuenta, no es viable optar por cualquiera otra alternativa, el líder cubano se vio de inmediato ante un nuevo problema: *obedecer las órdenes de Moscú*. Es decir, como ya les había acaecido a más de un país europeo, pagar la *factura* por la ayuda recibida. En esta ocasión esa *factura* era equivalente a desencadenar un desafío directo al pueblo americano. Parece conveniente insistir, aun a riesgo de resultar monótonos, que Castro no pudo hacer otra cosa. El procedimiento, además, es viejísimo. Así, por ejemplo—como ha escrito Jorge Abelardo Ramos⁷—, bastará recordar que *en cada oportunidad en que el estalinismo divisaba una revolución nacional en el horizonte se incorporaba rápidamente al bloque de las fuerzas oligárquicas que la enfrentaban*. Esto ocurrió en Brasil, en Argentina, en Cuba, en toda América Latina...

Hoy, desde luego, existen poderosas razones para pensar que, ante la osadía gubernamental cubana, los Estados Unidos no tuvieron intención, en ningún momento, de aplicar la fuerza. A partir de entonces, eso sí, Washington se limitaría a aislar a Cuba y a evitar que exportara su Revolución al Continente.

Seis semanas después del frustrado desembarco de Bahía de Cochinos, en junio de 1961, Kennedy y Kruschew se habían encontrado en Viena. Kruschew, aprovechando el desprestigio internacional de Estados Unidos a causa del fallido intento de invasión se obstinó en humillar a Kennedy recordándosele persistentemente. El presidente norteamericano aguantó firmemente y pidió al ruso que no sacara falsas conclusiones, pues Estados Unidos no vacilaría en recurrir a todo su poderío para defender sus intereses vitales, cuando éstos se vieran realmente en peligro.

Por indicación norteamericana, Cuba fue expulsada de la OEA en enero de 1962. Por lo demás, Kennedy tuvo durante ese invierno otras muchas preocupaciones además de Cuba: la Alianza para el Progreso, el Congo, Laos, Vietnam, Berlín y la Unión Soviética.

Kennedy sabía, además, que las elecciones legislativas parciales de noviembre de 1962 proporcionarían una inmejorable ocasión a los republicanos para atacarle por tolerar un régimen comunista en Cuba.

Mientras tanto, como es harto notorio, *la URSS, efectivamente, accedía a robustecer la capacidad defensiva cubana. Enviaría equipo moderno, cohetes de alcance medio e intermedio, con cabezas nucleares,*

⁷ ABELARDO RAMOS, JORGE: *El marxismo de Indias*, Biblioteca Universal Planeta, S. A., Barcelona, 1973, 296 pp.

capaces de alcanzar objetivos situados en Estados Unidos y en otros puntos de América.

La instalación de tales cohetes traería consigo desastrosas consecuencias políticas que anularían las ventajas estratégicas de la operación. De hecho, Kruschév no pretendía utilizar tales armas, sino ejercer presión diplomática sobre Kennedy con respecto a Berlín, o asegurarse de que Estados Unidos no invadiría Cuba.

Con el envío de las armas soviéticas, se pensaba dotar a Cuba de un casi inexpugnable cinturón defensivo: veinticuatro baterías de cohetes tierra-aire, cien cazas «Mig», cohetes defensivos nucleares, cohetes barco-barco, y veintiocho bombarderos «Ilyushin». Se necesitaban más de cien barcos para transportar todo ese arsenal hasta Cuba...

Tras una dramática dialéctica epistolar entre Kruschév y Kennedy, sobre el desmantelamiento del arsenal de referencia, acabó predominando la tesis del presidente norteamericano. Justamente, como ha subrayado Alfredo Quiroga en su excelente libro, «durante la noche del 27 al 28 de octubre de 1962, Kruschév se decidió por el compromiso que había propuesto en su primera carta. Dio orden inmediata para suspender los trabajos en las bases cubanas. Los cohetes serían desmantelados y enviados de nuevo a la URSS.» «Respeto y confío en las declaraciones contenidas en su mensaje del 27 de octubre —transmitió Kruschév a Kennedy—, en el sentido de que la isla de Cuba no sufrirá incursiones de bombardeo ni será invadida, sea por Estados Unidos o por cualquier otro país del hemisferio occidental. Con ello desaparecen las causas que nos obligaron a conceder ayuda militar a Cuba.»

Era justamente la respuesta que Kennedy deseaba. Es cierto que el gobierno cubano nunca toleraría una inspección de la ONU en su territorio, pero Kruschév esperaba convencerlo, como en efecto lo hizo, para que permitiera los vuelos de reconocimiento norteamericanos.

Kennedy evitó ensañarse con el adversario y con mucha prudencia se abstuvo de herir a Kruschév en su amor propio. Por ello calificó la decisión de Kruschév de «digna de un estadista» y en ningún momento mencionó palabras como «capitulación» o «victoria».

Así, efectivamente, terminó la famosa crisis de octubre de 1962. *La prudencia de dos estadistas evitó una Tercera Guerra Mundial, que habría supuesto una hecatombe. Pero como «nunca llueve a gusto de todos», muchos norteamericanos y los exiliados cubanos opinaban que Kennedy tendría que haber ido más lejos, mientras que, de la otra parte, el gobierno cubano se sentía traicionado por la URSS.*

LA LIBERTAD EN CUBA SIGUE SIENDO UNA UTOPIA

En definitiva, una mirada superficial a la trayectoria de la Revolución Cubana a partir de 1959 corre el riesgo de fijarse solamente en ciertos aspectos políticos poco positivos desde nuestra perspectiva. Son datos irrefutables que Fidel Castro excluyó de su régimen a la facción liberal moderada del movimiento anticastrista, que, en 1961, declaró oficialmente a Cuba república socialista, y que poco después integró todas las organizaciones revolucionarias en un partido único, de denominación socialista primero y comunista después, a saber, el Partido Comunista Cubano.

Paradójicamente, los rebeldes castristas, que se habían alzado contra el imperialismo americano en nombre de la dignidad e independencia del pueblo cubano, se vieron obligados a aceptar la servidumbre económica y política bajo el inmenso poder del otro gran coloso mundial, la Unión Soviética. La crisis de los misiles, la neutralización de «Che» Guevara y la balanza comercial cubano-soviética lo han venido demostrando año tras año.

Para Alfredo Quiroga, cuyo libro sobre el tema aquí glosado es imprescindible instrumento de consulta, la Revolución Cubana ha supuesto, ante todo, una serie de cambios fundamentales en la manera de pensar y de vivir de la sociedad de la bella isla del Caribe. Por supuesto, clara advertencia que efectúa el autor citado, que esto no significa ni quiere decir que se haya conseguido cotas más altas de bienestar. Por el contrario, ha habido penosas restricciones y estricto racionamiento.

No obstante, es un hecho innegable que la miseria y el hambre han disminuido, que ha desaparecido el analfabetismo y que las necesidades básicas del individuo y de la familia están mejor cubiertas que antes de la Revolución. Aunque también es cierto que el igualitarismo en el reparto de los bienes de consumo tampoco se alcanzó de manera absoluta. Sigue existiendo un sector privilegiado que vive mejor y más cómodamente que el resto de la población.

La escasez ha afectado durante años a todos los cubanos, salvo a los altos funcionarios del régimen, a los técnicos extranjeros y, por supuesto, a los visitantes. Y, en general, se ha de reconocer que la mayoría de los líderes revolucionarios han llevado una vida austera y sencilla, empezando por el mismo Fidel Castro.

Es obvio, consecuentemente, que el análisis objetivo y desapasionado nos lleva a algunas conclusiones evidentes. La Revolución ha supuesto

una tragedia para una amplia minoría de cubanos: familias divididas, ruina económica, desgracias personales por razones políticas, o el exilio más o menos obligado. *El régimen cubano no se caracteriza precisamente por un culto a la libertad.* Por el contrario, es dirigido por un grupo de hombres que se hicieron con el poder y lo han monopolizado.

Y es que, en definitiva —perfectamente lo ha señalado un prestigioso profesor universitario español⁸—, durante siglos, el ejercicio del poder se ha confundido en Hispanoamérica con el gobierno y la política. Ese poder, además, se ha configurado sin limitaciones y adquirido un aire fatal de suficiencia personalista; el poder no ha sido dividido y muy difícilmente ha necesitado justificación ante la representación de la comunidad política; carece, casi de un modo absoluto, de un mecanismo eficaz de transmisión. Todo ello afecta al destino comunitario, ocasionándole verdaderas dislocaciones, ya que al transformarse en una instancia de fuerza e inexorabilidad una parte simple del conjunto y organizar un verdadero vector dialéctico propio, surge entre las instancias intencionales que le corresponden en el destino comunitario y todas las demás, una verdadera distensión. A veces, como hemos visto, susceptibles de originar el propio estremecimiento mundial...

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

⁸ HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, MARIO: *Dialéctica contemporánea de Hispanoamérica*, Ediciones José Porrúa Turanzas, S. A., Madrid, 1973, p. 164.

